

Presentación María Bengoa en Encuentros con el autor

Buenas tardes, trataré de explicar por qué siento que es un honor presentar al escritor Antonio Pereira; haberlo conocido personalmente hace apenas media hora y poder estar aquí, en este lugar tan ilustre junto a él .y todos ustedes gracias a estos amigos leoneses que nos lo han traído a Bilbao.

Hay al menos tres factores decisivos y, seguramente, relacionados que me hacen amar profundamente su obra.

Primero porque Antonio Pereira ES UN ESCRITOR DEL SILENCIO.

Me gustan los escritores del silencio. Frente a los del ruido, prefiero a los discretos, los que están a lo suyo y lo suyo es escribir. A los que conocemos y amamos por lo que han escrito. Creo que no cabe otro homenaje a un escritor que el de leerlo. Poco queda además de esto, porque, a menudo, el buen escritor pone lo mejor de sí mismo en sus páginas.

Al hablar de escritores del silencio me refiero a los escritores que parecen tener vocación por el hecho mismo de escribir, más allá del ruido de la publicación, los premios y otros bullicios. Los escritores del silencio están tan alejados de los omnipresentes y mediáticos que puede que hayan publicado 16 libros de cuentos excelentes, como es el caso de Antonio Pereira desde que en 1966 publicó 'Una ventana en la carretera', y nosotros sólo conozcamos tres o cuatro. Y tarde. Están ahí para resistir en las bibliotecas, en las librerías, en las ediciones de bolsillo a seis euros, con joyas como 'El Síndrome de Estocolmo' (Un libro de cuentos de Pereira, con resonancias del mejor Rulfo o William Saroyan; aunque con una voz absolutamente personal). Cuentos peinados sencillamente, pero con una discreta voluntad de estilo -como dice Pereira de uno de sus personajes-. Y puede que lectores muy aficionados al relato breve aún no los conozcan, porque su proyección pública es discreta. Hoy escuchamos a un académico -quizá más famoso que él-, decir que fue su maestro; mañana otro gran cuentista dice que Pereira es el mejor y un secreto club de lectores que saben de su excelencia y reconocen su magisterio, lo van difundiendo lenta y sólidamente. Son escritores a los que parece moverles una vocación profunda, esa palabra tan desprestigiada pero que actúa como una gasolina íntima para arrancar el motor-de los deseos. Supongo que me gusta ese grupo de autores entre los que incluyo a Pereira porque en la lectura está toda la fuerza del silencio y la soledad y, al leerlos, 'experimentamos el milagro de la compañía y la

escucha, cuando necesariamente, las palabras de los otros nos obligan a hablar con nosotros mismos.

Yo no sé si queda ya alguno de esos escritores entre los menores de 50 años. Me pregunto si será una perfección -que se alcanza en ciertos casos con la edad o, sencillamente, en nuestros días, los autores de la escritura del silencio son una especie en extinción, condenados a desaparecer bajo el ruido de algo parecido a una burbuja editorial. Pero, en fin, a mí me siguen gustando estos escritores del silencio.

En segundo lugar me gusta la obra de Antonio Pereira porque como poeta y maestro del cuento TIENE EL DON DE LA SÍNTESIS Y EL ORO EN LA MIRADA.

Pereira acaricia el lenguaje con frases que lo dicen todo, llenas de precisión y una belleza que parece robada de tan poco evidente: Y aquí les leeré dos líneas:

"Cuando el forastero era un rapaz, y las palabras ya lo inquietaban, burdel sonaba a lugar sin orden, lo del lenocinio arrastraba una ferocidad de selva. Casa de niñas, era hospitalario y rosa..."

Y hablando de esa misma Casa de citas en Acapulco describe:

"uno de esos hombres muy flacos que parecen condenados a tener frío en cualquier clima del mundo...". A otro, que estaba siempre en el mismo sitio, lo retrata "recibiendo los primeros rayos de sol como quien disfruta de un recalo personal" Así se las entiende Antonio Pereira con la realidad, con la audacia narrativa que hay en una mirada que atrapa muchas veces lo esencial por la trastienda de las vidas más comunes.

Es tan notable su enfoque y su punto de vista como el modo de contarlo. El resultado es que nos hace mirar el mundo de otro modo, a través de sus ojos, excelencia sólo al alcance de unos pocos escritores elegidos. Leyendo algunos cuentos de Pereira, por ejemplo 'Happenning' o 'Palabras, palabras para una rusa' una -que es lectora de novelas y enamorada de los mundos complejos que en ellas se atrapan-, piensa en cuánta razón tenía Borges en el prólogo de 'Ficciones' al decir aquello de "Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos". Y se fija en que acaso no se pueda decir mejor y más conciso que "el románico acrecienta el frío" como lo dice Antonio Pereira, o que quizá por eso un cronista de un periódico, que se las ve con el castellano antiguo y el hecho histórico, y se parece un poco a su autor, se queja: ¡Qué culpa tenía yo de la prosperidad de las palabras! Como si Pereira se riera un poco de esa prosperidad que a veces se confunde con la buena literatura.

La manera de atrapar la vida por su trastienda que tiene Antonio Pereira me recuerda también a una descripción de Sartre cuando en sus memorias hablando de un abuelo explica que "puso todo su empeño en fabricar grandes circunstancias con pequeños hechos". Esos pequeños hechos son siempre la sustancia en la que se mueve a gusto este escritor berciano, leonés y universal. Pero para trascenderlos al convertirlos en grandes circunstancias literarias, algo que consigue con ese oro en la mirada exclusivo de los poetas (Su poesía ha sido recientemente recopilada por Galaxia-Guttemberg en 'Meteoros'). La principal característica de su literatura es despojar de ganga el texto, quedarse con lo esencial, a través de esas frases o versos que dejan un eco musical en la memoria por el atrevimiento de su lenguaje y su modo de convertir en reveladores los detalles.

Tercero Por último me conquista en este escritor algo que a todos nos seduce en la vida: Pereira es un escritor que siempre mueve a la sonrisa, cuando no a la carcajada abierta, como "Sucedee en muchos de los relatos de su último libro, La Divisa en la Torre

Su ironía de buena ley, esa forma de reírse sin humillar, de sacar punta a todo sin faltar a nadie; esa manera limpia y venial de arremeter contra prebostes de la cultura, instituciones políticas y eclesiásticas. Ese humor que luce como nunca en la recopilación de prosas autobiográficas sobre los años en los que frecuentaba ambientes literarios y se formaba como escritor.

En su última entrega de relatos persigue una vez más la palabra justa entre elipsis y sugerencias, mima el texto y lo adereza con un pródigo vocabulario próximo a lo popular, aunque huye de cualquier exhibicionismo verbal. Esta 'Divisa en la torre' reúne un material de imposible clasificación que se ríe de los géneros para provocar sonrisas entre el apunte memorialístico y la autoficción, echando mano de diarios y recuerdos, mezclando retrato y anécdota para hablar con humor, a veces surrealista y otras reflexivo, de sus impresiones sobre una visita a Aleixandre, un encuentro con Borges, otro con Cela o desternillantes títulos como 'El escritor al volante' y 'Los hispanistas', que cuenta cómo trataban de reproducir una tertulia española en Norteamérica, que sabe hacer provechosa la anécdota nimia y cotidiana para elevarla a excelente literatura con esa socarronería tan propia que suena a coña berciana.

Así que la obra Antonio Pereira me parece especialmente honesta por ser un escritor del silencio, por ese lujo para la síntesis que tiene en la mirada y también por ese humor con el que ve y nos hace ver el mundo. Creo que este enorme escritor de lo pequeño aporta una visión singular de la realidad, una verdad propia que ofrece con lucidez y música, en medio de una contenidísima indagación del yo. Porque el yo parece no importarle a Pereira, y esa es también otra singularidad suya, tan atento

como está al vosotros, a las vidas ajenas; de manera que parece estarlo también a nosotros, sus lectores.

MARÍA BENGOA